



B897cul  
MD-74  
c.2

MATERIAL DE DISCUSION  
PROGRAMA FLACSO-SANTIAGO DE CHILE  
NUMERO 74, Octubre 1985.

BIBLIOTECA  
FLACSO  
SANTIAGO

11-429

913.-

LA CULTURA COMO OBJETO DE POLITICAS.

José Joaquín Brunner

Documento presentado a la Primera Semana de Integración Cultural Latinoamericana organizada por la Sociedad Brasileira de Estudos Interdisciplinares da Comunicacao (INTERCOM), el Instituto Brasileiro de Estudos e Apoio Comunitario (IBEAC) y la Comissao Justica e Paz del Brasil y auspiciado por la Pontificia Universidad Católica de Sao Paulo, San Pablo, 18 al 23 de octubre de 1985-

Esta serie de Documentos es editada por el Programa de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en Santiago de Chile. Las opiniones que en los documentos se presentan, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de la responsabilidad exclusiva de sus autores y no refleja necesariamente los puntos de vista de la Facultad.

## PRESENTACION

Que la cultura haya llegado a constituirse en preocupación de la política ha implicado cambios importantes en las concepciones en uso de la cultura y en las propias formas de pensar y hacer política. Algunos de los factores que han favorecido esos cambios son analizados. Se explora a continuación qué significa que la cultura sea objeto de políticas. Se sugiere que para ello es necesario pensar la cultura como una constelación movible y fluida de circuitos en que intervienen agentes directos de producción simbólica, medios, formas comunicativas, públicos e instancias organizativas de esos circuitos. Se postula que los tipos más habituales de esas instancias organizativas son el mercado, la administración pública y la comunidad. A partir de allí se estudia las modalidades que podría asumir la intervención de las políticas en esos circuitos y en sus componentes determinantes. Se concluye con tres breves notas sobre la aplicación de este enfoque a cuestiones debatidas: la transnacionalización de los circuitos culturales; la industria cultural; los circuitos de educación superior.

} cul-  
tura



i. Para poder pensar la cultura como objeto de políticas hubo en América Latina, tradicionalmente, dos resistencias.

i. Una es la concepción aristocratizante de la cultura, que la transforma en el etéreo ámbito del espíritu, por oposición a la civilización, el cuerpo y el trabajo. Esfera de los valores supremos de verdad, belleza y de plena autoexpresión, la cultura llega a ser nada más que el atributo de los hombres cultos, un modo-de-ser distinguido. Es la cultura de ciertos suplementos dominicales de la prensa "seria" del continente que arbitra sobre el buen gusto, el bien vestir y la buena cocina con la misma "sabiduría" con que decide sobre los parámetros de lo que debe ser leído, escuchado o mirado.

ii. La otra resistencia proviene de un campo distinto, donde la cultura es definida como un mero epifenómeno que se mueve y desarrolla de acuerdo a una legalidad más profunda, anclada como estaría en el movimiento de las relaciones económicas. La cultura, en tanto que superestructura, corona el edificio de la sociedad, pero su verdad, su lógica propia de producción y reproducción, se encontrarían en otro lugar, en la base, allí donde los hombres producen y reproducen su vida material.

En realidad, tenemos aquí dos maneras de pensar los polos de pureza y contaminación (Douglas, 1966). En el primer caso, la cultura representa lo puro: se emparenta por eso con el espíritu, con las facultades más elevadas del hombre, con los valores, los ideales; es el reino de la liber-

tad, de lo universal. En cambio, la política representa una intromisión, en la cultura, de lo particular, de las necesidades e intereses materiales, una toma de partido que niega y estrecha el espíritu; en breve, es un principio de contaminación.

Por el contrario, la pureza puede residir en la base, o sea, allí donde se cumple la función primordial de transformación de la naturaleza por el hombre y de los hombres por el trabajo. En este caso, la cultura representa un principio de contaminación: genera conciencia falsa, discursos distorsionados, dioses que prometen paraísos inexistentes, valores que sirven para ocultar intereses y así por delante. En este caso, la política, para no contaminarse ella misma, necesita dirigirse por intereses objetivos, partir de las situaciones de base y orientarse hacia el cambio de las estructuras.

En suma, una vez la cultura rechaza a la política y, enseguida, la política repudia a la cultura.

No está demás decir que las dos visiones enunciadas poseen por detrás tradiciones teóricas que las apoyan y alimentan. Aquí no nos interesan esas tradiciones y las teorías que comprometen, sino los usos ideológicos a que han dado lugar, tal como ellos se han configurado en la política.

2. El hecho que la política se haya desentendido largo tiempo de la cultura tiene, además, otra explicación. Sea que ella sublime en la cultura una esfera donde no debe

ingresar, o que la deje de lado por creer que los traumas de la sociedad se hallan en otro lugar, la verdad es que la política suprime la cultura como campo de interés desde el momento que acepta una visión instrumental del poder. Poder son los aparatos, las instituciones, las armas, el control sobre medios y recursos, las organizaciones. Tributaria de esta visión del poder, la política no ha podido tomar en serio la cultura, salvo allí donde se encuentra institucionalizada. Pero, incluso entonces, la política limita su preocupación a los aspectos instrumentales de la cultura: propiedad sobre los medios de comunicación, organización escolar, subsidios para el arte, etc.

Resulta, por otro lado, que toda actividad que logra ser instrumentalizada, que logra definirse como un ejercicio técnico, como ha ocurrido con la política, tiende a organizarse ella misma sobre bases técnicas y a operar burocráticamente. En gran medida la política se ha convertido en el monopolio de cuerpos especializados que interactúan con otros cuerpos burocráticos de la sociedad. En estas condiciones la cultura aparece simultáneamente como un ámbito burocráticamente insignificante y, a la vez, como un ámbito excesivo de significación, frente al cual la política organizada se niega a actuar. Cuando lo hace, en cambio, "va por lana y sale trasquilada": expresiones sintomáticas de ese desencuentro son las relaciones conflictivas entre los partidos y sus frentes de artistas, entre los intelectuales y la organización política, etc.

3. ¿Qué ha cambiado en estos últimos años, en América Latina, que por muchas partes se ve surgir un nuevo tipo de preocupación política por la cultura?

Hay múltiples antecedentes de ese cambio. Comentaré algunos que conozco mejor.

i. Aquellos países de la región que han experimentado el autoritarismo descubrieron, cada uno a su manera y de variadas formas, que las sociedades resistían y se daban principios de oposición, muchas veces, a partir de frágiles elementos que no entraban en el análisis político tradicional : círculos de estudio entre los universitarios, comunidades cristianas de base, micromedios de comunicación en las poblaciones marginales, movimientos artísticos, expresiones de teatro crítico, grupos de defensa de los derechos humanos. Incluso si se escucha el lenguaje político que se habla en estos países uno percibe el cambio: así el énfasis en las sociedades civiles, en la preservación de identidades, en el papel de la memoria colectiva, en la irrupción del cotidiano...

ii. Otros tuvimos que aceptar, un su momento, que el autoritarismo no era meramente una expresión de fuerza ni sólo una manifestación de las necesidades de acumulación del capital: que existía, en el diseño autoritario, a veces explícitamente, la voluntad de modificar el "imaginario social", de transformar las pautas de comportamiento y valoración, de borrar ciertas tradiciones y de sustituirlas por otras, de

alterar el sentido de la política. Pero, además, no fue difícil constatar la eficacia (política) con que algunos regímenes militares usaban los planos simbólicos de la acción: el miedo, el recuerdo de la amenaza, las expectativas de seguridad, las fantasías de consumo, etc.

iii. Paralelamente, durante las últimas décadas, la cultura se desplazaba --por otras dinámicas-- hacia el centro de la escena social y política: grandes porciones de nuestras sociedades entraban en contacto con la escuela, la televisión invadía primero las ciudades y luego los campos y lugares más apartados, la universidad se masificaba, las empresas transnacionales de la cultura llegaban a nuestros países, surgían industrias culturales nacionales, el consumo cultural se multiplicaba velozmente...

iv. En suma, desde la política se iba descubriendo no sólo la cultura --espacio privilegiado de las mediaciones, de la pugna en torno a los sentidos, de la constitución de las identidades, de la circulación de conocimientos, de la modelación de las percepciones, en fin, de la construcción social de la realidad-- sino, conjuntamente, un nuevo modo de hacer política.

4. Efectivamente, la concepción instrumentalista de la política hace crisis frente a los desafíos que le plantea su desbordamiento por la cultura. Obsesionada como está por el control del poder sólo llega a captar la cul-

tura bajo sus formas institucionales, esto es, controlables instrumentalmente. De allí en adelante sólo tiene escasas opciones: o se limita a ese control formal, despreocupándose de los procesos más finos de la cultura; o interviene en ellos instrumentalmente, con el riesgo de paralizarlos o de provocar su desplazamiento, perdiendo así el pretendido control.

Un buen ejemplo es lo ocurrido con las ciencias sociales en Chile bajo el régimen militar. Intervenidas las universidades el año 1973, se procedió de inmediato a controlar los institutos de ciencias sociales, "depurándolos" y sometiéndolos inicialmente a un intento de encuadramiento político. El resultado fue, a la vuelta de unos pocos años, que dichos institutos perdían casi toda relevancia al tiempo que se constituía, fuera de la universidad y por tanto en espacios menos vulnerables a la pretensión de control del Gobierno Militar, un sector de centros académicos privados que reasumían la labor crítica de las ciencias sociales.

Lo que ocurre, por tanto, es que la política --para pensar y para incidir en la cultura-- necesita ella misma transformarse. Un buen comienzo, en tal sentido, ha sido el giro del lenguaje según el cual, crecientemente, se habla de políticas culturales en plural.

Pues, efectivamente, la política en la cultura asume necesariamente una pluralidad de formas.

5. De partida, los sujetos de la política en el plano de la cultura son variados, no reduciéndose a los partidos exclusivamente. Incluso, podría pensarse que en este terreno el papel de los partidos es más bien secundario.

En efecto, como se ha visto ocurrir crecientemente a lo largo de los últimos años, la política cultural es determinada múltiplemente: por las empresas de la industria cultural que operan habitualmente a través del mercado; por asociaciones voluntarias entre las cuales la Iglesia Católica desempeña un papel primordial en varios países de América Latina; por corporaciones de profesionales, como pueden serlo los maestros o los sindicatos de artistas; por instituciones, como las universidades; por diversos aparatos del Estado, ministerios, direcciones, fundaciones públicas; por movimientos intelectuales a veces bajamente institucionalizados; por los medios de comunicación de masas, etc.

Tal vez en ningún otro ámbito de la sociedad se aprecia tan nítidamente como en éste que el poder asume calidades foucaultianas: es capilar, movible, horizontal y no sólo vertical, se descentra, admite variadas articulaciones, no logra ser apropiado o localizado continuamente, etc. En parte, ese carácter le viene de su indeterminación por un solo actor; pero en parte, asimismo, por su naturaleza comunicativa. Pues un poder que tiene una base o fundamento comunicativo no se realiza nunca unilateralmente en el momento de su producción o exclusivamente desde el lado del control de los medios de su pro-

ducción. Se requiere, inescapablemente, la participación del receptor, y éste, a la vez, no es nunca un agente desprovisto de todo poder: introduce en la relación su propio poder-de-reconocimiento y, tras éste, sus códigos de apropiación simbólica, su competencia de lectura, su universo de reconocimiento, su capacidad de re-contextualización.

6. Por otra parte, el objeto de las políticas culturales no es "la cultura", no es un objeto físico, no es siquiera una situación: es una constelación movible de circuitos culturales que se engarzan unos con otros y que entreveran, por así decir, desde dentro, a la sociedad. Circuitos, claro está, que poseen una materialidad y que se organizan en torno a unos componentes identificables, pero cuyo carácter más propio es esa relativa indeterminación de los significados que a través de ellos circulan y que se hallan continuamente sujetos a procesos conflictivos de reconocimiento y de resignificación.

Componentes esenciales de estos circuitos son los agentes (productores) del campo cultural; los medios que ellos ponen en movimiento para esa producción; las formas comunicativas empleadas, los públicos involucrados por la comunicación y las instancias organizativas de los circuitos que permiten poner en relación a este conjunto de componentes y aseguran su funcionamiento.

Los agentes directos del campo cultural son habitualmente productores profesionales, empresas privadas, agencias públicas o asociaciones voluntarias de diverso tipo.

Los medios pueden ser (Williams, 1983) recursos inherentes al individuo, como en la canción, la danza o la recitación, o pueden ser la transformación de objetos y fuerzas que dan lugar a instrumentos, desde los más simples como en la pintura, hasta los más complejos como en la generación de sistemas electrónicos de reproducción.

La variedad de las formas en los diversos campos del arte o de la televisión ha llegado a ser, asimismo, un tópico de la moderna sociología de la cultura y, en ciertos momentos, la forma puede no sólo dominar un medio sino incluso, como ocurre con la telenovela hoy en América Latina, consagrar un cierto tipo de circuito cultural de masas.

La especialización de los públicos constituye, en la cultura, algo más que una mera segmentación del mercado de consumidores; en ciertos circuitos puede ser una marca esencial de ese circuito y un mecanismo interno de su producción y reproducción, como ocurre por ejemplo con los circuitos de las ciencias naturales y de las específicas "comunidades" que los sustentan.

Por fin, las instancias organizativas de estos diversos circuitos pueden ser también muy variadas, pero existen tres tipos "puros" principales que pueden calificarse, respectivamente, como el mercado, la administración pública o la comunidad.

7. Hemos sugerido que el objeto de las políticas culturales son esos circuitos (Brunner, 1985). Se ve claro, ahora,

por qué hablábamos antes de un descentramiento de la política cuando ella ingresa al terreno de la cultura. Pues las políticas culturales son hechas, en gran medida, al interior de esos circuitos, por los propios agentes directos que operan en ellos. Así, es el grupo de teatro profesional independiente, que habitualmente genera su propio circuito de acción cultural, el que impulsa sus políticas de selección de obras, de estilo teatral, de puestas en escena, de reclutamiento de directores, de publicidad, etc. Algo si milar ocurre en los innumerables microcircuito culturales que atraviesan la sociedad.

En el caso de algunos grandes circuitos, como pueden serlo por ejemplo el de la industria cultural, o el de las universidades en el caso del circuito de la educación superior, nos encontramos con el mismo fenómeno. También allí existe, en buena medida, una determinación interna de políticas culturales que afectan al circuito, no necesariamente gestadas y controladas exclusivamente por los agentes directos de producción, pero influidas decisivamente por ellos, ya sea en relación con las respuestas del público (como en el caso de la industria cultural que opera en el mercado) o en relación con otros actores (externos) de políticas culturales, como ocurre en el caso de la educación superior.

Por eso puede afirmarse que a medida que los circuitos culturales se vuelven más complejos y abarcan medios de producción también más complejos, o que poseen formas institucionales más abarcantes y que alcanzan a públicos más masi vos, el papel de las instancias organizativas de esos circui tos se vuelve más central y las políticas culturales tienden

a centrarse en torno de ellas. Nace aquí, asimismo, una oportunidad más decisiva para la intervención de actores externos al propio circuito, como pueden serlo los partidos políticos, los aparatos del Estado, las iglesias, etc.

8. En este punto es fácil que reviva la tradición instrumentalista de la política: pues cada vez que se está frente a los macrocircuitos culturales, el debate político tiende rápidamente a centrarse en torno a las instancias organizativas de esos circuitos con exclusión de cualquier otro aspecto. Así, frente a la televisión privada se levanta la alternativa de la televisión estatal; frente a la enseñanza pública, la privatización de la escuela; frente a los subsidios públicos para el arte, la alternativa de entregar el arte a las preferencias individuales manifestadas a través del mercado.

El supuesto que hay por detrás de esta especie de reacción pavloviana que lleva a recaer en la concepción instrumentalista de la política, es que todo circuito es modificable a través de un sencillo cambio de su instancia organizadora: pasar del mercado a la administración pública o viceversa. Se deja de lado, en cambio, que cualquier circuito, pero especialmente los más complejos, se hallan a la vez determinados y sobredeterminados por sus demás componentes: el carácter de los agentes profesionales de producción (su formación especializada, su socialización política previa, sus hábitos de trabajo, etc.); la naturaleza de los medios (la organización de la empresa, las restricciones técnicas del medio, etc.); la iner-

cia de las formas comunicativas, y la disposición de los públicos (su ubicación social, sus preferencias culturales, sus niveles educacionales, sus tradiciones de "lectura", etc.).

9. La irrelevancia y la improductividad (de efectos pertinentes) de muchas políticas culturales se explica precisamente por esa incomprensión del modo de articulación de los circuitos culturales sobre los que se pretende incidir.

Así, por ejemplo, la vieja cuestión del cambio de la escuela naufraga habitualmente entre recriminaciones respecto a la resistencia que ofrecen los maestros al cambio, la falta de entusiasmo de los padres o la inercia que opone la codificación curricular del conocimiento educacional. Pero el hecho es, justamente, que las políticas educativas, si desean tener éxito, necesitan abordar simultánea o sucesivamente todos esos componentes del circuito escolar, y no solamente uno de ellos. O bien, habrá que aceptar que las políticas culturales, educativas en este caso, tienen una "duración larga" en cuanto a sus efectos, y que por tanto un requisito para su éxito es su mantención durante ese largo tiempo, lo que a veces resulta incompatible con los ritmos de cambio del personal político. O, alternativamente, habrá que buscar formas para "internalizar" las políticas, volviéndolas un diseño estratégico de los propios agentes directos del circuito --en este caso los maestros--, lo cual supone una política de consensos y de persuaciones que a veces resulta incompatible con la competencia partidaria.

10. A partir de lo que llevamos dicho, hay algunas cuestiones que pueden volver a plantearse, y que constituyen algunos de los temas más apasionantes de la discusión política y cultural en nuestro continente.

Una de ellas es el problema de la transnacionalización de las culturas periféricas. Hay una manera de mirar esta nueva situación que consiste en pensar estos fenómenos de transnacionalización como meros fenómenos de "penetración" de la cultura nacional por diseños culturales exógenos. Pero esta visión, ¿es acaso la más adecuada? No hay una respuesta simple y directa, por lo menos no la tiene el autor. Pero podría especularse que el problema es más complicado y vasto: pues lo que está ocurriendo, en realidad, es la incorporación de algunos circuitos culturales que hasta ayer poseían un encuadramiento netamente nacional (o así lo imaginábamos al menos) a circuitos transnacionales. Mas esto, ¿qué significa? Que esos circuitos tienen algunos de sus componentes, o todos ellos, transnacionalizados o en vías de serlo. Así, por ejemplo, ocurre que en el caso de las ciencias una buena proporción de los agentes directos se forman y certifican su competencia en universidades de los países centrales y poseen medios de comunicación internacionalizados pero controlados en esos centros (las revistas especializadas) y un público compuesto, asimismo, por "pares" que se hallan diseminados por el mundo, pero especialmente ubicados en los países centrales. ¿Significa esto que no puede existir un circuito nacional de las ciencias respectivas? Y éstos, cuando existen, --como parece ocurrir

en varios países de la región-- ¿puede decirse que se hallan distorsionados por su incorporación transnacional?; ¿en qué sentido? Por el contrario: ¿podría imaginarse --y cómo-- circuitos de ciencia nacional que fuesen íntegramente indígenas?

Ahora bien, una vez que un circuito cultural cualquiera se transnacionaliza en parte o íntegramente, ¿qué posibilidad hay de hacer políticas culturales, desde la periferia, en esos circuitos? Otra vez, lo más fácil es pensar cómo "intervenir" desde fuera ese circuito transnacionalizado, creando algún tipo de "barreras" protectionistas de la producción y del mercado internos.

En cambio, no se piensa que, tal vez, en el largo plazo, la alternativa más eficaz (pero difícil) sea hacer política cultural "desde dentro" de ese circuito, a través por tanto de los agentes directos que operan en y desde la periferia. De hecho, en varios campos de la ciencia --para mantener el ejemplo-- se ha ido evolucionando en esta dirección: mediante la formación en la región de especialistas en el nivel más alto; mediante la concentración de los científicos en las asociaciones profesionales internacionales; mediante la valorización transnacional de los propios medios de comunicación disciplinaria, etc.

11. Otra cuestión que lentamente ha ido colocándose en el centro del debate sobre las políticas culturales es el de la industria cultural (Miceli, 1984). Los circuitos que ésta genera se hallan organizados, habitualmente, por el mercado; al punto que la industria cultural ha

sido denominada el mercado de mensajes.

No cabe duda que en gran proporción la moderna cultura de masas se halla comprometida con los circuitos de la industria cultural, la que abarca una proporción creciente del mercado de libros, del movimiento de la prensa, de la industria discográfica, de la televisión, del cine, de los nuevos productos y servicios audio-visuales, de las reproducciones de arte, de la fotografía y de la publicidad (Girard, 1982). Cada una de estas ramas de la industria cultural pone en acción circuitos diversificados, que en varios puntos se entrecruzan.

Uno de los tópicos del debate político-cultural es el de las tendencias hacia la concentración de los medios de producción de la industria cultural en manos de poderosos conglomerados, que a veces controlan el mercado de una rama, o varias ramas simultáneamente. ¿Cómo, entonces, incidir en este plano, con el fin de evitar la conformación de monopolios y/o oligopolios que, por su propia naturaleza, adquieren un gran poder de manipulación de la opinión pública y una influencia política desmesurada?

A veces se ha pensado que sólo el Estado puede contrarrestar esos monopolios, ya sea reservándose para sí algunas ramas de la industria cultural, o bien compitiendo en el mercado mediante agencias públicas de producción directa en algún campo de la producción simbólica. La primera alternativa podría llevar a la conformación de monopolios estatales, con todos los riesgos que éstos

entrañan; la segunda, por el contrario, suele resultar en experiencias ambiguas. En Chile, por ejemplo, el Gobierno ha sido tradicionalmente dueño de un diario, el que carece de toda influencia; en cambio, bajo el Gobierno de la Unidad Popular (1970-73), se montó una editorial del Estado que realizó una importante contribución en el plano de la masificación del libro.

Cabría preguntarse si no sería posible incentivar la participación de otros agentes, constituidos a la manera de asociaciones voluntarias de diverso tipo, en algunas ramas claves de la industria cultural, creándose para ese fin mecanismos estatales de subsidio (podrían imaginarse varios) para permitir el ingreso de aquéllos al mercado en condiciones de competitividad. En Chile, por ejemplo, se discute hoy sobre la alternativa de creación de un Fondo Nacional que, con recursos públicos y una administración autónoma, puede contribuir a financiar proyectos de prensa privados, una vez que se produzca el reestablecimiento de la democracia. Se trataría de recrear, por este medio, una situación de mercado más abierta y competitiva, eliminando las distorsiones que se han producido durante el Gobierno Militar,

Por otro lado, cabe tener en cuenta que la conformación de circuitos culturales de masas a partir de algunas ramas de la industria cultural no elimina la existencia de otros circuitos, menos extensos, pero que sin embargo mantienen una influencia significativa en la sociedad. De hecho, por ejemplo, la aparición de la industria edi-

torial no necesariamente ha entrañado, en todas partes, la eliminación de las editoriales artesanales, donde mediante un esfuerzo cooperativo de los autores y de clubes de lectores se mantienen circuitos para ciertas formas comunicativas que retienen su valor cultural (por ejemplo, la poesía).

Asimismo, junto con las tendencias hacia la concentración de los medios de prensa, se ha podido observar en algunas partes una proliferación de los circuitos culturales locales a partir de la acción de micromedios (políticos, vecinales, de arte, sindicales, de iglesia, feministas, etc.).

12. Por fin, una tercera cuestión que adquiere nuevas dimensiones en el debate latinoamericano cuando se la introduce en este terreno de discusión sobre políticas culturales, es la cuestión educacional y, en particular, de la educación superior.

De hecho, en varios países de América Latina, los circuitos culturales de la enseñanza superior se han masificado durante las últimas dos décadas, presentando hoy problemas análogos a aquéllos a que da lugar la industria cultural. Pues, crecientemente, esos circuitos de enseñanza superior tienden a descentrarse de la institución que les dio origen --la universidad-- para conformar un conjunto de subcircuitos, varios de los cuales tienden ahora a ser organizados por la instancia mercado. Se observa, desde este punto de vista, una cierta tendencia hacia la privatización de esos circuitos culturales, que

en muchos países fueron pensados originalmente como públicos por naturaleza. Más aún allí donde ha terminado por aceptarse, aunque sea de hecho, que una parte importante de la enseñanza post-secundaria o terciaria está radicada en instituciones conformadas a la manera de empresas privadas sui generis, se toca con el problema que ellas están llamadas a producir un bien público (los certificados profesionales), cuyos efectos deben estar sujetos por lo mismo, de alguna manera, a control público. Toda la discusión en torno a las formas de acreditación de la enseñanza impartida en ese sector privado de la educación superior da testimonio de ese esfuerzo por introducir, en la esfera del mercado, un principio de control público.

Algo similar ocurre con la discusión respecto a la distribución de subsidios públicos en el ámbito de la educación superior privada.

Estamos aquí pues frente a circuitos culturales que se han ido volviendo cada vez más complejos, no sólo desde el punto de vista de los públicos que tienen acceso a ellos, que se multiplican aceleradamente, sino asimismo desde el punto de vista de los demás componentes de esos circuitos. Así, los agentes directos de producción de la enseñanza superior se diversifican y profesionalizan, buscando nuevas formas de organización al interior de las instituciones educativas. Estas últimas, como ocurre en el caso de las grandes universidades, se transforman en empresas que apenas responden ya a ningún diseño organizacional que pudiera encontrarse en los tratados de la

especialidad, habiéndose creado incluso todo un nuevo lenguaje para hablar de ellas, como sucede por ejemplo con la categoría de la "anarquía organizada" de March y Olsen.

Ocurre, entonces, que en el caso de estas macroinstituciones culturales se concentra, por una parte, una gran capacidad de definir ellas mismas sus propias políticas culturales, asunto que dadas sus características organizacionales no es nada fácil de hacer, al mismo tiempo que otros actores --especialmente el Gobierno, las empresas, sectores científicos, colegios profesionales, etc.-- buscan incidir sobre esas instituciones para incorporarlas a ciertos diseños de política cultural o para que adopten, interiormente, esos diseños.

13. En suma, ahora que creemos haber descubierto una nueva relación entre cultura y política; que hemos identificado, al menos, un nuevo campo de preocupaciones, el de las políticas culturales, nos vemos de inmediato expuestos a la novedad del terreno que pisamos; a la falta, incluso, de unos mapas que nos orienten en medio de esos territorios; a la crudeza de nuestros medios intelectuales para pensar estos problemas y, sobre todo, para ligar el análisis y las propuestas de acción; expuestos, en fin, a la inutilidad de buena parte de las tradiciones retóricas con las que, hasta ayer, abordábamos los problemas de la cultura.

Estas notas no intentan por eso otra cosa que contribuir a la reflexión en este campo y, más que eso,

a la discusión que se ha iniciado, donde las ciencias so  
ciales aportan apenas una perspectiva que necesita com-  
plementarse con otras.

Bibliografía

Brunner, José Joaquín: "Políticas Culturales para la Democracia". CENECA, Santiago de Chile, 1985.

Douglas, Mary: Purity and Danger. Routledge & Kegan Paul, London, 1966.

Girard, Augustin: "Cultural industries: a handicap or a new opportunity for cultural development?". UNESCO, Cultural Industries, Paris, 1982.

Miceli, Sergio: Estado e Cultura en Brasil. DIFEL, San Pablo, Brasil, 1984.

Williams, Raymond: Culture. Fontana, Gran Bretaña, 1983.

BIBLIOTECA  
FLACSO  
SANTIAGO

File 100-100000

Mr. J. Edgar Hoover, Director, Federal Bureau of Investigation, Washington, D. C.

Dear Mr. Hoover: Enclosed for you are two copies of the report of the Special Agent in Charge at Chicago dated April 10, 1951.

The report is captioned "Report of Special Agent in Charge, Chicago, dated April 10, 1951, re: [redacted]".

Very truly yours, [redacted]

[redacted]